# La ganadora

Gloria Fernández Sánchez

# La ganadora

Gloria Fernández Sánchez

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
© Gloria Fernández Sánchez, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-70-7
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-15696-2024

*To Alan for making our life a huge adventure*

## *Los conjurados*

*«En el centro de Europa están conspirando.*
*El hecho data de 1291.*
*Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan en diversos idiomas.*
*Han tomado la extraña resolución de ser razonables.*
*Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades.*
*Fueron soldados de la Confederación y después mercenarios, porque eran pobres y tenían el hábito de la guerra y no ignoraban que todas las empresas del hombre son igualmente vanas.*
*Fueron Winkelried, que se clava en el pecho las lanzas enemigas para que sus camaradas avancen.*
*Son un cirujano, un pastor o un procurador, pero también son Paracelso y Amiel y Jung y Paul Klee.*
*En el centro de Europa, en las tierras altas de Europa, crece una torre de razón y de firme fe.*
*Los cantones son ahora veintidós. El de Ginebra, el último, es ahora una de mis patrias.*
*Mañana serán todo el planeta.*
*Acaso lo que digo no es verdadero; ojalá sea profético».*

JORGE LUIS BORGES, 1985

# CAPÍTULO I

## AÑO 2000

«Sucedió hace unos meses. Regresé a mi Madrid natal, sin establecer fecha de salida, después de dar tumbos por el planeta a causa de diversas razones profesionales y amorosas. O, más sencillo, empujada por el deseo arrollador de escudriñar poco a poco cada esquina del mundo, poseída por una curiosidad insaciable, aun a costa de miserias de toda índole. El cambio de milenio fue mi gran excusa.

Volví, pues, consumida a la Villa y Corte para descansar una temporada. Ante mis ojos convivían, entre la extrañeza, dos destellos: uno de interés y otro de dolor, que se encendían de forma alternativa merodeando por el ayer. Solo reconocí como propio el barrio de los Austrias, donde por naturaleza urbanística los edificios habían sufrido menos modificaciones.

—¡Quién fuese arquitecto o escultor! Qué pena no haber tenido cualidades artísticas.

Pensándolo fríamente, tenía menos razones de desaliento que cualquier otro peatón que cruzara frente a mis pasos. Nunca había iniciado proyectos de rebelde vastedad, aquellos que, por

su envergadura, siempre se exhiben satisfechos solo en parte. Mi ambición había consistido en una vida gris en un país remoto y, al cumplirla de modo íntegro, toda desolación o sabor de fracaso deberían alejarse.

Con la felicidad del viajero que ni ha de regresar ni dar cuentas de sus acciones, había surcado los amplios mares y la no menos extensa tierra, probando todos los placeres ordinarios y ¡ay! quizá no tan ordinarios: a veces con euforia, otras bajo el crepitar de una leve pesadumbre. Todo consta en mis cuadernos, los ancestros de este.

Pero empezó, por entonces, uno de estos (estúpidos) golpes de melancolía sobre los años que yo misma me había arrebatado, con aquellos violentos éxodos. Me culpaba de huir sin por qué, perdiendo así vínculos, afectos, raíces.

—Ya ves, Mónica, en tu ciudad y sola por completo. A tu edad, cuando se han anudado los lazos con el mundo. ¿Valió la pena? —me decía a mí misma.

Por lo que, atrapada en lo que juzgué una crisis hormonal, no tomé la decisión de localizar a ciertos allegados hasta aclarar mínimamente mis ideas. Los efectos de una rabieta sentimental de tal calibre habrían resultado nefastos.

El ayer me envolvía desde la penumbra de un portal, desde el fondo del vestíbulo de un palacio. Me rezagaba en las bibliotecas, esos pequeños centros de inmóviles humanos que bucean y reverberan y musitan bajo una luz láctea, confundiéndolas con farmacias colmadas de cajas de medicinas.

—Aún todo es posible.

Me protegía de modo inútil del futuro, con promesas irreflexivas que jamás hubiese comunicado a otros por su pueril optimismo. Pero mis labios las reiteraban con unción taumatúrgica;

el corazón, sin embargo, cuando me dignaba escucharlo, me hablaba de una manera muy diferente.

Caminaba y, sin razón alguna, como un adolescente o un loco, percibía los muros titánicos que la realidad impone, igual que biombos de raso. Solo debería aguardar un prodigio. Con una inagotable sed de maravillas, lo que el mundo me ofreciese, que entonces me parecía sin límites, lo consideraba un presente menor. Prolongué mis largas marchas hasta casi entregarme al colapso físico. Siempre había ignorado las señales que mi cuerpo me enviaba y había abusado de sus fuerzas, utilizando mi organismo para conseguir los objetivos que me interesaban, sin querer admitir, con humildad, que vivía enjaulada en un instrumento perecedero y endeble.

Primero, un calambre atravesaba mis rodillas, una emanación caliente y negra; después, una punzada explotaba en la zona lumbar, y, ligeramente aturdida por ella, necesitaba sentarme. El autoinfligido padecer me encauzaba a una calma psicológica, durante la que sopesaba los problemas con sosiego.

—Viviré en paz y modestamente.

Pensaba en mi madre muerta. ¿En qué había consistido su juventud y toda su existencia?

Declamación, solfeo, piano, inglés básico, amazona los domingos, juego de la oca los sábados, exámenes del conservatorio en junio, veranos playeros y otoños tibios y melancólicos de soles campesinos, aromas de uvas en sazón, juegos entre los surcos y canto de perdices dentro de las jaulas de reclamos en el frontón de la cortijada frente a ladridos podencos, y, finalmente, vuelta a la ciudad para encontrar "un buen muchacho", pues todo lo demás era epidérmico e intencionado.

Nunca quise eso. Jamás, jamás.

Pero ¿qué pasó? ¡Oh, patria a la que vuelvo en crisis, en duda y abatimiento! ¡Me tocó la lotería! ¡Siempre es increíble, como una visión del más allá! ¡El dinero era mío y todo se modificaba de forma absoluta!

No crean que amaso una fortuna gigante, de las que colocan tu nombre en una lista pública o en un Forbes anual, ni siquiera aquel premio acumulado de varios meses da para excentricidades arábigas, aunque sí tengo lo preciso para instalarme en donde quiera y gozar de mil caprichos, con algo de sentido común, hasta mi muerte.

La noche en que me enteré, adormecida ante la televisión, me tentó el no acostarme y surcar la velada insultando a mis espectros (estrechando mi recibo, ah, fragilísima llave a otro mundo).

—Me amarán todos a la fuerza. Los inconvenientes se disolverán al paso.

Se me ocurrían disparates sin fin, incrementándose el pánico a que me robaran. La ansiedad llegó a tal grado que hube de ingerir un poderoso hipnótico que llevaba siempre en el bolso. Una sensación acre de desánimo me condujo tambaleante a mi habitación, dejando el documento sobre el aparador, junto a una nota que rezaba así:

"Recuerda que no fue un sueño, y ve a cobrar".

A la mañana siguiente, no poco mareada y juzgando realmente que los hechos pertenecían a la satisfacción onírica, la leí y comencé las gestiones.

Nadie debería subestimar lo excepcional, aunque tal error de juicio se ha convertido en un hábito contemporáneo. En aquellos momentos, lo imposible se mostraba granítico, en la plenitud de su existencia, burlándose del cálculo de probabilidades.

No sé si fue por entonces, en ese barrio ya nuevo para mí, cuando principiaron a mirarme de forma insólita. Ahora comprendo qué peculiar estampa configuraba, torciendo el cuello de derecha a izquierda, abrazada a una cartera de piel y deteniendo un taxi tras otro.

Me citaron en un hotel de cinco estrellas. Hallé frente a mi asiento una merienda de delicias impensables. Tres gestores pugnaban por administrar mis ganancias.

—Como no sé de sus habilidades y moral, lo escojo a usted, que es el más guapo.

El elegante joven rio, mientras los otros abandonaban la habitación con desdén bisbiseando las palabras "locura", "borracha" y términos más soeces.

Por fortuna, en tal instante decisivo, había roto ya con mi postrer amante, incapaz de localizarme al mudar mi apartamento a otro barrio de la capital. Y extraviados los amigos y colegas, dispersos por la desidia y las décadas, evité lo que relatan como el peor capítulo: la hipócrita y súbita irrupción de todos en busca de metálico y fingiendo alegría por mi suerte.

Mis deshechos nervios no hubiesen soportado escena tan vergonzosa y denigrante para ambos bandos. Mis hermanos ni lo sospechan. A veces, quizá, me los cruzo durante mis largos paseos, percibo sombras familiares, pero no creo que reconociese ni sus rostros. Deseo que no se enteren nunca y pueda así escapar del papel de testigo impotente de sus mezquinas humillaciones. Ah, el ser humano, lo entiendo bien, yo haría lo mismo: el dinero, esa fortísima droga.

Antes, incluso en mejores épocas, mi indumentaria se impregnaba de la asimetría rígida de los pobres. Ni siquiera divagué sobre otra posibilidad, postergando tal derroche a requerimientos

que juzgué básicos. Además, mi posición jerárquica en los países en los que viví no dependía en absoluto de mis ropajes, sino de mi obvio aspecto de mujer caucásica. Ahora esa negligencia se había convertido en ridícula.

Calor seco y mesetario al que, desde mi vuelta, no me termino de habituar, aunque en los atardeceres —largos, vibrantes, claros, recortada la sierra— llega hasta el jardín del pensionado el aire de la cordillera desde la Universitaria —el callejón para las brisas de verano, los truenos otoñales y el olor de la tierra mojada, las lluvias de marzo y el cierzo de diciembre—, y me siento por fin aliviada del sofoco hormonal e incoercible. La relajante transpiración que casi nunca llega a producirse y que corre al unísono de la sangre, mezclándose con ella, por las arterias y las venas bajo la piel que se estremece en su privado estertor. No se mueve una hoja en la verticalidad del día.

—¡Andando!

Tomé la calle con audacia, presa de un indisimulado orgullo. Los comercios invitaban a la dilapidación, al exceso, a la idealización de la belleza femenina, así que entré en una tienda fastuosa, de arañas bohemias dignas de un palacio, aún con mi deslustrada arpillera y expliqué a la encargada, atónitamente cortés, mi nueva situación económica:

—Confío por entero en su gusto. Para su tranquilidad, le informo de que vengo bien duchada.

Intenté que esto último pareciese una broma, aunque ante tal digresión higiénica la joven sonrió mucho más aliviada que divertida.

Tiramos con desdén unánime el traje a la basura, como esos santos que ingresaban desnudos en el claustro o el eremitorio, dejando tras sí la mortaja del ayer: hasta mi lencería y calzado

acabaron sus días en aquel lugar. Únicamente necesitaba un par de conjuntos, que servirían de pasaporte a próximos centros de opulencia, donde adquiriría renovados antojos.

Todo se volvía asequible, las prendas se ajustaban de un modo inédito a mi cuerpo, no solo cubriéndolo de paño, sino también de hermosura, tapando con habilidad los defectos físicos. Salí de allí tan elegante que la empleada no escondía su satisfacción con tamaña metamorfosis, forzándome a dar vueltas ante sus alegres pupilas:

—¡Es usted otra! Me hubiese gustado hacerle una foto antes y después.

—¿El príncipe y el mendigo?

—No se ofenda. Culpe a mi vanidad profesional.

Como el proceso duró un buen rato, el hambre me atenazó y, hallándose frente a mí una de las lujosas cafeterías de la capital, aquella que ofrece el aspecto de una rectoría eduardiana, me decidí a probar una travesura.

Devoré delicias, ayuna de inquietudes y sedienta de placer, con la simplicidad grandiosa de los modales rabelesianos. Aunque, a la hora de pagar, fingí haber olvidado el monedero. Con evidentes síntomas de angustia retorcía las muñecas, como peces agónicos, dentro de mi excelente bolso milanés.

—¡No es posible! ¿Cómo? ¿Qué ha pasado aquí?

Procuraba excusarme con vocablos sin sentido culpando ora a la inseguridad ciudadana de un hipotético hurto, ora a mí misma y a mis amnesias restallantes. Los camareros se dirían más alarmados por el cúmulo de sangre posado en mis mejillas, a causa de la sobreactuación, que por el precio de lo consumido. Todos me consolaban, mientras los demás clientes se atrincheraban, avergonzados o impasibles, tras el periódico o el menú.

El caballero más maduro del personal, de nariz aguileña y barbilla prominente, me condujo hasta la puerta tratando de calmarme, casi sosteniendo mi antebrazo. El hombre iba balbuceando que ya lo abonaría si alguna vez pasaba por allí o que, a las claras, enterrase el asunto. Abrió el batiente del portón, al tiempo que se inclinaba un poco, deseándome con gran sonrisa que disfrutara de una buena tarde.

Al pisar otra vez la calle, inhalé hondo y concluí que sí, que era rica, ya que nadie exige dinero a quien lo tiene. ¡Paradójico mundo el que habitamos!

—¿Qué hacer? ¿Cuál es el paso siguiente?

La primera de mis resoluciones, en ese momento convencida de que la tomaba con buen criterio, fue organizar una misa de Acción de Gracias. No me cabía duda de que alguna potencia divina habría intervenido, sí, en avatares tan arduos. Viví un súbito afán de establecer contacto con aquellos poderes, desterrados de mi arquitectura mental hacía tiempo. Tras el aliento tibio de los dioses, un horror frío me abrazó.

Después de vacilar entre muchos templos, y rendida por la caminata, entré en una iglesia céntrica, obra de notable y disparatado barroco. Me dio vergüenza penetrar sin ninguna dádiva, así que compré un ramo de nardos con clemátides a una mujer que los vendía en una cesta de mimbre. Luego no supe qué hacer con ellos, y los abandoné, goteando, sobre un pequeño altar.

Cuando hube acostumbrado mi vista a la penumbra, me percaté de que el interior pedía a gritos una capa de estuco (¡penosos desconchones!). Eso me inquietó, sin conocer por qué, quizá porque yo ya era capaz de pagarla. Qué responsabilidades nuevas y, sobre todo, repentinas, surgen cuando se tiene dinero. Posibilidades en las que jamás nos hubiésemos detenido.

—Excelente talla.

Me serenó, en parte, la admiración del rostro de un Cristo en una talla de calidad. Con semblante a lo Ticiano —esa nariz perfecta, los labios entreabiertos ya esclavos del beso de la muerte—, las manos con los dedos gráciles de un artista, no las de un varón que expira en la ignominia del patíbulo, y los ojos endulzados por la abdicación de respirar.

Solo treinta y tres, un número mágico, la misma edad de Alejandro Magno despidiéndose de sus generales, la plenitud vencida, aunque no truncada, en Jerusalén y Babilonia, a pesar de advertencias proféticas y augurios de sacerdotes caldeos. Los mismos sabios rapados que aparecían enseñando a Tales la astronomía en mi libro de texto escolar. Aquellos pioneros de la ciencia.

—Podrían encender alguna bombilla. —Me enfadaba la soledad propia de una cueva del templo.

Como no lograba encontrar las oficinas del oscuro reino, de esa tierra de sombras, me decidí a preguntar a una beata que rondaba por la pila de agua bendita bailando una solitaria danza ritual. Esta me cogió del brazo, con esa familiaridad sureña que ya se me antoja rara, casi agresiva, tras tantos años de exilio, y me introdujo jactanciosa ante el que deduje un sacristán, que parecía cotejar facturas sobre una mesa destartalada.

Una ventana enorme y lacerada por un boquete dejaba penetrar unos rayos, cenicientos debido a la suciedad de los cristales. Bajo ella, una pila de mármol de venas agrisadas y rígidas. Allí dormitaba un grifo de mariposa que permitía escapar su fluido a ráfagas, como el vómito de un meningítico, sobre un jabón de cocina con diseño de pez. A nadie molestaba tal despilfarro ruidoso.

El hombre repasaba tan absorto sus papelotes, engalanados con balduque, que no se inmutó cuando entramos, sin llamar siquiera, a pesar del chirrido de uno de los goznes de aquel portón.

Al levantar la cabeza, los ojos apagados sobre sus lentes de présbite se fijaron en mí.

—Siento mucho interrumpirle. Vengo un poco sin saber…

—No importa, hija mía, molésteme cuanto quiera. Para eso estoy aquí. Para que entren sin avisar, me distraigan y me hagan perder el hilo. Aunque todo sea por Dios, que nos medirá y juzgará, y ya veremos. La escucho.

Le expuse mi intención con pormenores escasos, tan aturdida me hallaba, sin que la feligresa hiciera el mínimo ademán de retirarse: muy opuestamente, bebía cada una de mis explicaciones. Se me aclaró que el estipendio constituía en una cantidad exacta, mientras me sentaba frente al individuo invitándome yo misma; tenía los pies doloridos por aquellos zapatos excéntricos y tortuosos.

Extendiendo las piernas con lentitud para relajarme un instante, noté que una rata o gato me mordía los pantalones, y por instinto eché todo el cuerpo hacia atrás, en corveta forzosa, hasta casi perder el equilibrio sobre el endeble sillón. Ante mi estupor lógico, surgió del escritorio un niño mugriento, de mirada judicial y vivísima: un pícaro clásico, más propio de una chabola del tercer mundo que de aquellas calles estereotipadas y opulentas.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —pregunté a los flemáticos testigos del ataque.

—El crío, otra vez aquí, es como una peste —repuso el escribano, dirigiéndose a la señora—. ¡Lléveselo y átelo a una pilastra! —ordenó, apuntando incontestable con el índice.

No se sintió obligado a darme una explicación a pesar de que yo la pedía con las cejas arqueadas: el animalillo había desgarrado aquel modelo costoso. A nadie le incumben ya los gestos, y casi ni los vocablos, aunque patentemente estos resultan más difíciles de no responder.

—Me alegra que nos hayamos puesto de acuerdo.

—No me dé billetes grandes.

Al pagar, acortando la estancia en ese lugar desazonante, el encargado cogió despacio los billetes, los contó sonriendo, exponiendo así que más seguía los trámites del oficio que de la desconfianza, y los metió de golpe en una gaveta. Solicité un recibo, frase muy cómica, al parecer, ya que provocó la risa de todos.

Los juzgué dos pillos disfrazados, por lo que dudé en volver por allí. Pero en la fecha indicada, una fuerza superior me arrastró. Aquel alambre invisible me condujo, igual que a un títere, hasta el pórtico del templo.

Se me hizo infinita la espera hasta la ceremonia. A pesar de lo que yo supuse malos vaticinios, todo transcurrió de forma espléndida: el tenue olor a incienso y la luz tamizada por los vitrales alegóricos, el leve murmullo de la meditación, los bancos encerados. Se había iluminado el Cristo, aquel juego de sombras embellecía su ansiedad, y alrededor del ara habían enlazado grupos de dardos y clemátides.

El día de la ceremonia me senté en primera fila, con mi más sobrio y elegante vestido. Claro que no invité a nadie, ya que con nadie me trataba en aquellos tiempos, y las otras asistentes eran las enlutadas del oficio diario. El sacerdote me nombró, por lo que me afiancé, adelantando el rostro con orgullo. Sin percatarme siquiera, la tarde se deslizó mansa y fluida; un órgano sonaba muy lejos (música de Mozart, de Schubert, de Couperin), dos

monaguillos, de púrpura y hojaldre, se esmeraban en sus funciones. Una paz honda se dilataba.

—Me inunda la paz —pensaba y, quizá, hasta murmuraba.

Se engolfó el clérigo en otro tramo de su sermón, dedicando algunas palabras a la importancia de mostrarse agradecido, proclama con la que me sentí categóricamente de acuerdo. Un cosquilleo se deslizaba por mi nuca.

Aquellas mujeres ni captaban lo que ocurría, quizá hacía años que habían dejado de escuchar la mecánica verbal del oficiante. Aunque yo, ahora comprendo con cuánta irracionalidad, seguía aguardando un gesto, un apretón de manos de alguna, ya que aquella misa me correspondía. Pero tuve que aceptar el anonimato y, envuelta en una confusa resignación marché, intenté conformarme.

Lo cierto fue que hasta tal punto me afectó su comentario sobre la gratitud que corrí hacia mi piso para concentrarme en un proyecto que afloraba deprisa y con desorden. Las entrañas se me aturullaban ante lo que consideré una cuenta pendiente con el ayer. Ya serena, con lápiz y papel, conseguí componer una lista de las personas a las que de algún modo debía algo, algo resarcible con dinero. Constituía otra etapa de la ruta que atravesaba mi espíritu, en aquella ascesis de la riqueza.

Recordé cómo algunos maestros se comportaron benévolamente conmigo, por lo que determiné comenzar por ahí».